

CAPITULO X.

Como los españoles entraron la tierra adentro, habiendo echado á fondo todos sus navíos, y del recibimiento paleado que les hicieron los otomíes.

LA animosidad de D. Hernando Cortés, valeroso capitán de la conquista de esta tierra, se mostró en que hizo descargar todos los navíos, y luego echarlos á fondo, por quitar á todos sus soldados toda la ocasión de volver atrás en esta conquista. Hecho esto, comenzaron á entrar la tierra adentro puestos todos los que eran para pelear á punto de guerra, dejando con el fardage (para que lo guardasen) la gente que le pareció convenir. Como hubieron llegado á los términos de Tlaxcala, á una provincia que se llama Tecuac, que quiere decir, lugar donde está la *gente fiera y belicosa*, porque estaban allí escogidos para la guarda de aquel reino de Tlaxcala grandísimo número de otomíes muy valientes y ejercitados en las cosas de la guerra; llevaban por guía á un mexicano que habian tomado de Zempoala que era Naoatlato, y sabia algo de la lengua española; este los guió ácia aquella parte donde estaba aquel ejército de soldados otomíes tlaxcaltecas, y no hay que dudar sino que los guió por allí, para que aquel ejército de otomíes matase luego á todos los españoles sin quedar uno, y aconteciolos al revés, que como los otomíes los salieron á recibir á punto de guerra, y como comenzaron á pelear los unos con los otros, los pobres otomíes como no conocian la fortaleza y destreza de pelear que tenian los españoles y la velocidad de los caballos, y la diversidad de las armas así ofensivas como defensivas que traían los españoles, recibieron luego gran daño por lo uno y por lo otro, y ellos como animosos y fieros, sin tener temor á la muerte que veían los iba tragando, no huyeron ni volvieron atrás, sino perseveraron en la batalla hasta

que no quedó hombre de ellos. Esto se concluyó en obra de dos horas poco mas ó menos. Luego esta nueva fué llevada á los señores de Tlaxcala (los cuales estaban bien confiados que tenian su reino muy bien murado con aquellos soldados otomíes), y oyendo como todos habian sido muertos sin quedar nadie, recibieron desta nueva grandísimo espanto, tanto que salieron de sí, y comenzaron á temblar de miedo. Los españoles como hubiesen descansado aquel dia del trabajo de aquella batalla, comenzaron á marchar otro dia ácia Tlaxcala. En este espacio los señores y principales y valientes hombres de Tlaxcala entraron en consejo consigo mismos para ver que les convenia hacer en este trance; dando y tomando gran rato, vinieron á concluir todos, que pues que aquella gente que venia habia hecho tan gran destrozo y matanza en sus fortísimos soldados en muy breve tiempo, no les convenia salirles de guerra sino que se diesen á ellos saliéndoles de paz, y ofreciéndoles bastimento con mucha humildad y reverencia, y así fué hecho, que salieron todos los principales y señores y hombres valientes sin ningunas armas y aderezados como de fiesta, llevando todos los bastimentos que les fué posible, y con gran reverencia y humildad ofrecieron su presente y sus personas á la voluntad del capitán D. Hernando Cortés. El capitán los recibió con gran voluntad, y se les mostró muy amigo, y tambien les ofreció la amistad de todo su ejército, y así se fueron todos juntos á la ciudad de *Texcalla* que entonces tenia este nombre, y despues acá le llaman *Tlaxcalla* como se llama ahora, y ellos se llaman *Tlaxcaltecas*.

NOTA DEL EDITOR.

Moctheuzoma no pudiendo recabar de Cortés que se retirase, pues le habia aumentado la gana de pasar á México con los presentes de oro, mantas y rica plumeria que le habia enviado, mandó retirar los socorros que hasta entonces

se le habian franqueado por Teudilli, y dejó á los españoles reducidos al extremo de buscar por sí mismos los alimentos precisos á la conservacion de sus vidas. Triste era por cierto esta situacion, y hacíala mucho mas el descontento que se mostraba en los partidarios de Velasquez que querian regresar á Cuba, y no era fácil contenerlos. Cortés á lo que se cree, se convino con sus amigos en secreto para que legitimasen su nombramiento de general, y consolidasen su autoridad para poderla desplegar pronto, y sin obstáculo: estos pues se presentaron y le pidieron solemnemente que continuase guiándolos para el mayor servicio del rey, no se negó á hacerlo; mas para efectuar sus deseos, hizo que se convocase una junta á la que asistió diciendo, que el empleo que desempeñaba en virtud del despacho del gobernador de Cuba era defectuoso, y quizás de ningun valor por lo cual lo resignaba en aquella junta que elegiría un comandante digno, bajo cuyas órdenes serviría de soldado raso; entonces en señal de la dimision de su empleo, puso sobre la mesa el despacho, entregó el baston, y se retiró. La junta se mostró altamente conmovida al oír su discurso, ni podia dejar de producir este efecto un razonamiento hecho por un hombre que sin duda era el mas sabio de los que estaban allí reunidos, que disfrutaba un gran prestigio por el modo con que se habia conducido, por su popularidad, y sobre todo, por una liberalidad bastante por sí sola á recomendarlo; sea por estas partes, ó por el influjo directo de sus partidarios sobre sus mismos enemigos, el cabildo de Veracruz le devolvió el mando, lo confirmó en él, y le concedió varias prerogativas, como la de apropiarse un quinto de todo el oro que pudiera reunirse despues de deducir la parte que al rey tocaba; prerogativa que le valió despues infinito, y por la que supo ganar la tropa que al siguiente año mandó contra él Diego Velasquez para despojarlo del mando. Quedó, pues, instalado el primer ayuntamiento de esta América, hecha la distribucion de los empleos concejiles, y consolidada la

autoridad de Cortés para la continuacion de la conquista. Con esta medida no estaba radicalmente curado el mal que él presentia, porque aun no se quitaba de todo punto el deseo de los amigos de Velasquez de regresar á Cuba; por otra parte, su escuadra estaba insegura en el mar por falta de puerto cómodo, y no sabia de donde proveerse de los víveres que necesitaba; á tamañas urgencias proveyó Cortés de una manera singular, ayudándolo visiblemente la Providencia del cielo. Sus centinelas avanzadas le presentaron cinco indios enviados por el cacique de Zempoala, que no habian osado acercarse por temor de los mexicanos, y le ofrecieron á su nombre asilo en aquel departamento: Cortés se aprovechó de esta oferta, y emprendió su marcha para aquel punto con cuatrocientos soldados por tierra; mandó que los buques le siguiesen costa á costa. El capitán Montijo destinado para el descubrimiento de algun puerto cómodo en ella, halló el de Quiahuitztlá (ó sea Chiavistlan) donde anclaron los buques, y allí se proyectó el establecimiento de una colonia y fortificacion á que se puso mano, siendo Cortés uno de los que trabajaron en ella. En Zempoala fué bien recibido del cacique, oyó sus quejas contra Mochtezuma, contra cuya tiranía declamó, y de lo que gustó mucho Cortés, protestando auxiliarlo en la rebelion que proyectaba. Bien presto se le presentó ocasion de ejecutarlo, porque á la sazón que trataba con el cacique sobre realizar esta proteccion, se presentaron unos recaudadores de tributos de Mochtezuma, y en pena de haberles dado hospitalidad á los españoles contra la voluntad del emperador, les escigieron cierto número de cautivos para sacrificar á sus falsos nùmenes: Cortés mandó prenderlos, y este fué el primer acto de quijotería que ejecutó en este país; despues les hizo poner en libertad para congraciarse con Mochtezuma. La traslacion de Cortés á Zempoala, país hermoso, y que tuvieron los españoles por un paraíso dándole esta denominacion, salvó sin duda la tropa de Cortés, pues ya habian muerto treinta y cin-

co españoles en el fatal clima de Veracruz, y presto habrían desaparecido todos si hubieran permanecido en él: también hizo otros actos de quijotería religiosamente, pues mandó derribar los ídolos de los zempoaltecas, esponiéndose al furor de aquel pueblo idólatra. Los españoles mismos le causaban desazones de gran monta; murmuraban de su elección por el cabildo, pues era sin conocimiento de los frailes Gerónimos que gobernaban con suprema autoridad las Indias; tal era el título con que querían legalizar su descontento; prendió Cortés á los sediciosos, y á poco les dió libertad; pero tornaron á sus inquietudes, quisieron alzarse despues con un bergantin para pasarse á Cuba á informar á Diego Velasquez de lo sucedido, matando al maestre, y entonces se enojó de veras (dice Chimalpain) é hizo ahorcar á Juan de Escudero, y á Cermeño, piloto: azotó á otros, y así puso término á la rebelion. Mandó reunir las mas ricas piezas de toda especie del regalo de Mochtezuma para obsequiar á Carlos V, y el ayuntamiento dirigió una esposicion al monarca, informándole de todo lo sucedido, y pidiendo la confirmacion de Cortés en su empleo, y nuevas mercedes para el mismo. Asimismo representó el ejército á favor de su general. Dicho regalo, poderes de Cortés á su padre, y testimonios de lo ocurrido, lo llevaron Alonso Hernandez de Portocarrero, y Francisco de Montijo, haciéndose á la vela en Julio de 1519, y absteniéndose de pasar por donde pudiesen caer en manos de Diego Velasquez.

No estaban aun realizados los designios de Cortés existiendo los buques en bahía, porque podrian aprovecharse de ellos los partidarios de Velasquez, precisándolo á seguirlos; y como quien quita la ocasion quita el pecado, Cortés se convino en secreto con algunos maestros para que los barrenasen y le dijesen que no podian servir aquellos buques, que ademas estaban comidos de broma con su estancia de tres meses en el puerto sin accion, y era preciso echarlos á pique echando fuera lo útil de ellos. Pareció muy bien esta me-

didada y se ejecutó en los primeros sin que se penetrase la confabulacion; mas ya fué entendida al ejecutar lo mismo en los restantes, por lo que comenzaron las murmuraciones; sin embargo se ejecutó el barrenado en estos, dejóse uno solo espedito para que los que quisiesen embarcarse lo hiciesen, y Cortés conociese á los que deberian merecer su confianza: presentáronse no pocos, pero avergonzados de su misma resolucion se quedaron por no parecer cobardes, y entonces también lo mandó barrenar. He aquí á Cortés entre la victoria y la muerte; la primera coronó sus designios y lo colmó de honor que le concederán todas las edades, mientras se aprecie el valor entre los hombres; accion loable, y en la que tuvo no poca parte el despecho y temor de caer en las manos de un enemigo, de cuya saña y ruindad nadie podia dar mejor testimonio que el mismo Cortés que lo habia ya experimentado.

Cortés salió el 16 de Agosto de Zempoala, á cuya ciudad puso el nombre de Sevilla, por su frondosidad y belleza, y porque él no tenia otros objetos de comparacion que España, pues no habia visto mas mundo que aquella parte de la Europa, y no toda. No estuvo ocioso en aquel lugar, pues fortificó el puerto, en el que dejó, ciento cincuenta españoles para que tuviesen en brida á los que se le habian dado por amigos y podrian cambiársele, y contuviesen las agresiones de Diego Velasquez que ya barruntaba, porque habia hecho algunos prisioneros españoles que vinieron al mando de Garay que se hallaba rescatando oro en Pánuco, y por ellos entendió lo que al fin vió realizado al siguiente año. A la nueva poblacion puso por nombre la Villa-rica, la segunda fué la que hoy se llama la Antigua, y la tercera es la que hoy ecsiste cerca de Ulúa (*). Ociópose así mismo

(*) Ignoro por que se mudó la primera de Quiahuitla: sé que la segunda se fundó en 1523 ó 24, y que se trasladó, porque la pequeña barra del río no daba lugar ni fondeadero bastante para la descarga de los botes, distando mucho del Castillo; la actual se fundó en principios del siglo XVII, y la dió el título de ciudad Felipe III.

Cortés en federarse con toda la nacion totonaca y pueblos de la Sierra, cuya amistad le proporcionaba una retirada segura en caso de una desgracia. Cuatrocientos quince infantes, diez y seis caballos, algunos cañones de poco calibre y de campaña, doscientos indios de carga para el bagaje, cuarenta nobles totonacos, cuyos principales eran Teuch, Mamexi y Tamalli, y algunas tropas auxiliares, he aquí la fuerza con que Cortés marchó para Tlaxcala. Pudo haber sido derrotado si los otomies encargados de guardar la muralla que dividia el territorio de Tlaxcala y Zempoala no la hubiesen abandonado, quien sabe por qué causa; Cortés se admiró al verla y meditar sobre este abandono; dudó que camino tomaria, y creyó que era prudencia prestarse al dictámen de los zempoales, que le aconsejaron preferirse el de Tlaxcala al de Cholula. Antes de entrar en el territorio de la república de Tlaxcala, pidió permiso á su senado, despachando por embajadores á unos nobles zempoaltecas; mas como tardasen ocho dias sin traer la respuesta, impaciente Cortés, se propuso abrir camino con su espada saliendo de Ixtacamaxtitlan, (nombre que todavia conserva, cuya posicion es militar, y muy parecida al famoso cerro colorado de Tehuacán, que tanto dió en que entender al gobierno español en la revolucion primera del año de 1810, y no se atrevió á atacar). En el senado de Tlaxcala se discurrió el asunto con bastante sabiduria; regian entonces aquella república Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Magiscatzin, señor de Ocotelolco, general de las armas de la república; Tlehuezolotzin, señor de Tepeticpac, y Citalpopocatzin señor de Quahuixtlan. Como los zempoales aconsejaban al senado que hiciese la paz con Cortés, Magiscatzin dijo que no se debia desechar aquel consejo, porque lo daban unos amigos fieles, y enemigos de los mexicanos: que segun sus tradiciones, los españoles parecia que eran los héroes que se les habian anunciado que debian llegar á aquel país: que los terremotos que poco antes se ha-

bian sentido, el cometa que en aquella sazón se dejaba ver, y otros semejantes sucesos extraordinarios de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradicion; que si eran inmortales los extranjeros en vano seria hacerles resistencia y oponerse á su entrada; nuestra oposicion (añadió) podia ocasionar daños gravísimos, y para Moctheuzoma seria motivo de maligno placer el ver introducidos por fuerza en la república á los que no queremos aceptar de buena voluntad. El ódio que allí se le tenia al emperador de México era general, y entrañado en todos los tlaxcaltecas que pocos años antes se vieron á punto de perder su libertad, pues en dos ocasiones cargaron todas las fuerzas del imperio sobre ellos, y se defendieron muy valerosamente; no se los tenia inferior Moctheuzoma, pues en uno de dichos ataques perdió la flor de sus tropas y oficiales, y entre estos á Tlacahuapantzin, su hijo muy querido; este sin duda fué el obstáculo que tuvo para no invocar á los tlaxcaltecas luego que supo la llegada de los españoles, pues si la confederacion se hubiese hecho entre ambas naciones no habria reembarcádose ni un solo español; leccion que nos enseña la necesidad de estar unidos todos los departamentos muy cordialmente para cuando ocurra un peligro comun. Xicotencatl oponiéndose á esta opinion dijo: "Nuestras leyes nos mandan dar acogida á los extranjeros, mas no á los enemigos que puedan ser perjudiciales al estado. Estos hombres que pretenden entrar en nuestra ciudad, mas parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses bajados del cielo, como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidez el oro y los placeres? ¿Y qué no debemos temer de ellos en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares? Agravio hace al valor de la nacion quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros: si son mortales, las armas de los tlaxcaltecas lo harán ver al mundo; y si son in-

mortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo y de implorar con el arrepentimiento su perdon. Rechúcemos, pues, su demanda, y si quieren entrar por la fuerza, sea reprimida con las armas su temeridad. En medio de esta contrariedad de opiniones Temiloltecatl, uno de los senadores, sugirió un arbitrio que conciliase ambos dictámenes. Propuso (dice el P. Clavijero) que se enviase al gefe de aquellos estrangeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se diese orden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomíes de la república á cerrarles el paso, y á probar sus fuerzas. Si quedamos vencedores (dijo) será inmortal la gloria de nuestras armas; si somos vencidos, echarémos la culpa á los otomíes, y darémos á entender que emprendieron la guerra sin nuestra orden (*).

Declarada la guerra con este artificio político, el día 31 de Agosto una gruesa partida de tlaxcaltecas se presentó á los españoles; la descubierta de aquellos formó un remolino viéndose atacada por los castellanos, y de tal manera menudearon golpes con sus macanas, que les mataron (dice Gomara) dos caballos de dos cuchilladas, y segun autores fidedignos que lo vieron, cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo. Denuedo tal, impuso mucho á los españoles, sintiendo grandemente esta pérdida por ser muy corta su caballeria. El 5 de Septiembre se presentó muy denodado el ejército del jóven Xicotencatl en cinco trozos de á diez mil soldados cada uno. Mandó este gefe que se llevasen á los españoles trescientos pavos y doscientas canastas de tamales, para que bien abastecidos pudiesen entrar con brio en la batalla, y no dijese que el hambre los habia hecho rendir. De allí á poco destacó dos mil hombres

(*) Para entender este pasage, es necesario saber, que muchos otomíes se habian refugiado en Tlaxcala por sustraerse del dominio de los mexicanos, y que hacían servicios importantes á la república.

briosos que asaltasen el campamento español. Fué tan violento el asalto que forzaron las trincheras, y se mezclaron con los castellanos peleando cuerpo á cuerpo. El triunfo lo arrancó á los tlaxcaltecas una circunstancia extraordinaria. El hijo de Chichimecatl-teuchtli que mandaba las tropas de su padre (dice Clavijero) habia sido injuriado de palabra por el arrogante Xicotencatl; indignóse de tal modo que lo desafió á singular combate: no pudo obtener la satisfaccion, y para vengarse de algun modo retiró del campo las tropas de su mando, é indujo á Tlahuejotzin á que hiciera lo mismo; no obstante esto, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los españoles habiendo rechazado con valor á los asaltantes, marcharon en orden de batalla contra los tlaxcaltecas. Los estragos de su artilleria no impedia que se llenasen prontamente los huecos que esta dejaba, pues estos se reemplazaban al momento; antes bien, con su firmeza é intrepidez habian puesto en confusion y derrota á los españoles, á pesar de los gritos y reconvençiones de Cortés y de sus capitanes. Por último, despues de cuatro horas de recio combate, los españoles volvieron victoriosos á su campo, aunque los tlaxcaltecas no dejaron de molestarlos en el curso de aquel dia. El lugar de la accion se llamaba Teoatzinco, es decir, lugar de la agua divina: dicenme que es el mismo lugar donde despues se apareció San Miguel, que conocen con el nombre de San Miguel del milagro, que celebra la iglesia de Puebla de los Angeles (*). Los españoles quedaron asáz tristes y melancólicos con estos reencuentros, habiaseles bajado un poco el orgullo de que venian reenchidos, murmuraban en corrillos en su campo del que los habia traído, y tenian á temeridad el continuar la guerra con unos enemigos tan decididos. Cortés salió á hacer la vela una noche (dice Gomara) y oyó que decian unos. . . Si el capitan quiere ser loco é irse donde lo maten, vayase solo, que nosotros no le seguimos. . . Oyó á otros decir. . . Qué habia de

(*) En 8 de Mayo.

suceder, lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allí muerto con todos los que fueron con él, por eso que no le siguiesen, sino que se volbiesen con tiempo. . . . Entonces llamó dos amigos suyos para que oyesen estas conversaciones, y entró en cuidado. La prudencia dictaba no escasperar los ánimos castigando militarmente tales desmanes, y así los hizo reunir, y á todos dirigió un razonamiento que en aquella época bien podría pasar por un modelo acabado de alocuciones y proclamas, pues habla al corazón del soldado, y le muestra los males que le trae indefectiblemente la fuga en vez de los bienes que busca, cuando pretendé recurrir á ella. No hay que volver (les dice) la cara al enemigo que no parezca huída y afrenta; no hay huída, ó si la quereis colorar con retirada, que no cause á quien la hace infinitos males, vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos como algunos piensan y desean, ¿hemos de estar por ventura jugando á ociosos y perdidos? No por cierto direis, que nuestra nación española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra; pues ¿á dónde irá el buey que no are? ¿Pensais, quizá, que habeis de hallar en otra parte menos gente, peor armada no tan lejos del mar? Yo os certifico, compañeros, que andais buscando cinco pies al gato, y que no vamos á parte ninguna que no hallémos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos. Démos á Dios infinitas gracias, pues nunca desde que estamos en esta tierra nos ha faltado ni faltará que comer, beber y salud, amigos, dineros y honra; pues ya veis que os tienen por mas que hombres en este país, y por inmortales, y aun por dioses, como lo habeis visto si decirse puede; pues siendo tantos que ellos mismos no se pueden contar de la multitud que hay, y tan armados como vosotros decis, no han podido matar ni

siquiera uno de nosotros. Y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis de ellas que no traer yerba ni ponzoña como los de Cartagena y Veraguas, y los caribes en las islas que hemos visto y otras, que han muerto mucho mas españoles rabiando con ella? . . . Por solo esto, no habeis de buscar otra tierra para guerrear. . . . La mar está desviada, yo lo confieso, y así ningun español hasta nosotros se alejó tanto de ella en Indias como nosotros que la dejamos atras mas de cincuenta leguas; pero ninguno ha merecido tanto como vosotros. De aquí hasta aquella famosa ciudad de México, donde reside el grande emperador Mochteuzoma, de quien tantas riquezas y embajadas habeis oido, no hay mas de veinte leguas, ya está lo mas andado; si llegamos, como espero en Dios, no solo ganaremos para nuestro rey rica tierra de mucho oro y plata, grandes reinos, infinitos vasallos, mas tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, perlas, piedras y otros haberes, y sin esto, la mayor honra y fama que hasta nuestros tiempos ha visto, no digo nuestra nacion, mas ninguna otra ganó igual; porque cuanto mayor es este rey tras que andamos, mayor será nuestra gloria, ¿porque no habeis oido decir que cuanto mas moros mas ganancia? Demas de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra fé católica como comenzamos, y como buenos y fieles cristianos ir desarraigando la idolatria, blasfemia tan grande de nuestro Señor Dios, quitando los sacrificios y comida de carne humana de hombres contra natura, y tan usada entre estos indios; y no solamente esto, sino escusar tantos pecados, que por la torpeza de ellos no los nombro; y así pues, no temais ni dudeis de la grande victoria que Dios por su gran misericordia nos favorecerá. . . .

He aquí un razonamiento sencillo, popular, formado al alcance é inteligencia del mas rústico soldado; razonamiento en que se ponen en movimiento todos los resortes del corazón humano con el honor militar, el temor de perder la vida

por la fuga, las comodidades de aquella, que hasta entonces habian traído los españoles, comiendo, bebiendo, disfrutando riquezas y prestigio; la esperanza de mayor premio y holganza; la ventaja en las armas por no haberlas congentes que envenenasen las flechas, y sobre todo el gran resorte de la gloria de la nacion española y la propagacion de la fé católica y ruina de la idolatria, con mejora y reforma de las costumbres . . . Hasta los refranes y apotegmas comunes se usaron felizmente, para persuadir al soldado grosero en esta vez. Esto es proclamar, esto es mover el corazon y cambiarlo para hacer actos contrarios á lo que se habian propuesto ejecutar los soldados.

Me he detenido en hacer estas observaciones, porque estamos ya hostigados y estomagados con esas insulsas proclamas del dia, tegido de palabras huecas y altisonantes, que ponen en ridículo á sus autores, y como decia Napoleon (que las sabia hacer) son albardas que vienen á todas bestias). Animados los españoles con este razonamiento de su caudillo, se decidieron á continuar la empresa con el mismo aliento con que la habian comenzado, y superaron obstáculos capaces de arredrarlos porque tenian un carácter extraordinario, y que parecia sobre natural. Refiere Chimalpain, revisor de la historia de Gomara, que habiendo salido Cortés una noche á hacer un reconocimiento en la sierra, no habia andado una legua, estando la noche oscura y caminando sin tino, cuando dió de súbito en los caballos una manera de torzon que los derribaba en el suelo sin que se pudiesen menear; como cayó el primero y se lo dijeren á Cortés, respondió . . . Pues vuélvase su dueño con él al real: cayó luego otro, y dijo lo mismo; mas como cayesen tres ó cuatro, dijeron los compañeros que mirase era mala señal aquella, y que era mejor que se volviesen á esperar á que amaneciese para ver á donde y por donde iban, y el tornó á decirles, que no reparasen en agüeros, que Dios en cuya causa trabajaban era sobre natura; que no dejaria aquella

jornada, pues le parecia que de ella se le habia de seguir mucho bien aquella noche. Entonces hicieron alto y consultaron lo mejor, y fué, que volviesen aquellos caballos al real, y que los demas se llevasen de diestro, y prosiguieron su camino; mas presto estuvieron buenos los caballos sin haber sabido por qué cayeron. Es muy probable que los ventocarian algunos zorrillos, ó comerian cebolleja que allí abunda, y esto les causó aquel embarazo para caminar. Esta reflexion sube de punto, si se considera lo que otras veces hemos dicho, esto es, que los españoles eran tan crédulos en agüeros y patrañas en aquella época, como los mismos indios en su línea.

A pesar del descalabro sufrido por los tlaxcaltecas, el joven Xicotencatl no perdía la esperanza de acabar con los españoles; creyó supersticiosamente que como hijos del sol, estos serian invencibles durante el curso de este ástro benéfico sobre nuestro hemisferio; pero que á semejanza de las flores que se marchitan en la noche por la falta de calor, los españoles serian vencidos si los atacase entre tinieblas. Para atacarlos, pues, con acierto, trató de imponerse del estado de la fortaleza de su real y puntos, para dar el asalto con tino, y mandó cincuenta espías, que aparentando presentarse á vender tamales y capulines (que los españoles llamaban cerezas) lo observasen todo, y le diesen puntual aviso; por su desgracia fueron notados por Teuch, uno de los nobles de Zempoala que acompañaban á Cortés, que le manifestó luego sus sospechas; llamó aparte algunos de estos cantineros, y les obligó con amenazas á declarar las intenciones de su general; oida su confesion, á todos los cincuenta espías les hizo cortar inhumanamente las manos, y los mandó á su campo, previniéndoles dijeren á Xicotencatl que ya viniese de dia ó de noche lo hallaria pronto á defenderse. En la noche salió con parte de sus tropas Cortés á atacar el campo de los tlaxcaltecas, poniendo cencerros en los pretales á sus caballos, que armando gran ruidera pusieron

en fuga á sus enemigos, y en confusion á su gefe, el cual se retiró hasta Tlaxcala. Por este accidente, por las anteriores hostilidades, y haber quemado cinco ó seis caserios vecinos, haciendo ademas prisioneros á cuatrocientos que Cortés hizo dar libertad, el senador Magizcatzin volvió á inculcar su opinion á favor de la paz que habia propuesto, añadiendo á sus razones la experiencia de las acciones perdidas: oyóse en el senado con mas aprecio que la primera vez. Acordóse por fin la paz, y se nombró por mensajero de tan buena nueva al mismo Xicotencatl, que se rehusó á prestarse á su desempeño. Erale muy sensible á este ilustre guerrero presentarse humillado ante un gefe á quien casi tuvo vencido, y á quien solo su buena dicha pudo impedir que fuera el trofeo mas hermoso de su valor; pero obedeciendo á la suprema autoridad que se lo mandaba, hizo este sacrificio de su voluntad en las aras de la patria. Al esponer el objeto de su comision á Hernan Cortés, arrasados los ojos en lágrimas, le rogó mucho que mirase como nunca Tlaxcala conoció rey, ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. Este es el lenguaje de un hombre acostumbrado á ser libre y digno apreciador de este bien inefable; mas por desgracia de Tlaxcala, este fué un paso que la precipitó en la esclavitud de que huía, y que por evitarla habia hecho sacrificios de toda especie, y aun en aquella época carecia de la sal tan indispensable para la conservacion de la vida, por no entrar en comercio con los mexicanos sus enemigos. Desde aquel dia Tlaxcala fué condenada á ser el instrumento de la desolacion del Anahuac, y á quedar hoy tan yerma y desierta que no viendo el viajero mas que escombros y ruinas, pregunta admirado. ¿Dónde estuvo Tlaxcala???. . . .

CAPITULO XI.

Como los españoles llegaron á Tlaxcala.

Los tlaxcaltecas que gran parte de la noche gastaron en concluir lo que les convenia hacer en aquel caso, luego de mañana se partieron para ir á recibir de paz á los españoles. Estos que habian hecho la noche cerca del lugar donde habian dado la batalla á los otomíes, viendo los muchos animales fieros que descendieron de aquellas montañas á comer los cuerpos de los muertos de que estaban cubiertos aquellos campos, recibieron mucho desasociado, y aun temor del ruido que hacian aquellas bestias fieras comiendo aquellos cuerpos muertos, y luego de mañana comenzaron á marchar ácia Tlaxcala. En medio del camino los tlaxcaltecas principales y señores, y soldados se toparon con ellos, pusieron las rodillas delante dellos, y besaron la tierra con mucha reverencia, y hablaronles con toda humildad, saludándolos por su buena venida. En esto gastaron buen rato en decir la parola para esto ordenada por algun retórico ó orador que para esto venia apercebido, y luego pusieron el presente que traían ordenado delante del capitán. D. Hernando Cortés oyó de muy buena voluntad su parlamento, y recibió el presente de comida y otras cosas que le dieron, y por sus intérpretes les dió á entender que se habia holgado mucho de su comedimiento, y del buen recibimiento que les hacian, de lo cual no les iria mal sino muy bien. Luego todos juntos se fueron á la ciudad de Tlaxcala, y los aposentaron en los mejores palacios que ellos tenian: aquí se hablaron largamente del pacífico reconocimiento, y firmaron y establecieron paz para todo el tiempo de adelante, y comieron todos juntos con mucho placer. Despues de la comida los principales y senadores se fueron á sus casas. Juntáronse todos en